

JAVIER  
MELERO

BASADO EN UN CASO REAL

FRÁGIL  
VIRTUD



*Ariel*

Javier Melero

# Frágil virtud

(Basado en un caso real)

*Ariel*

Primera edición: octubre de 2023

© 2023, Javier Melero

Derechos exclusivos de edición en español:

© Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.

[www.ariel.es](http://www.ariel.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

ISBN: 978-84-344-3675-6

Depósito legal: B. 15.843-2023

Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este

libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.



## I

El día después de un juicio me levanto más tarde y preparo café sin prisas. Sobre todo, si el juicio ha sido de los duros, con jurado, una fiscal avinagrada y un cliente por cuya inocencia no darías ni un céntimo. Había ganado. Al salir de la sala de vistas uno de los jurados, una rubia alta de ojos grises, me lanzó un guiño. Se lo devolví y pensé en ella toda la noche. Sueños para adultos pegajosos y enervantes.

Eran las nueve cuando tomé una ducha, elegí un traje gris antracita y una corbata azul oscuro y me miré en el espejo antes de salir. Todo parecía en orden. Un abogado bien vestido y algo desalentado al que a veces guiñan el ojo. Hay días que empiezan peor.

Conduje hacia mi oficina por Aribau y la Diagonal. A aquella hora de la mañana, cuando todo el mundo tendría que estar trabajando o en la cola del paro, el tráfico pesado decía mucho sobre las autoridades municipales que habían dejado un solo carril de circulación en sentido norte. En el autobús que avanzaba penosamente a mi derecha los pasajeros inclinaban la cabeza sobre sus teléfonos móviles con el rostro cubierto por las mascarillas y aspecto de penitentes mientras yo escuchaba a Basté en la radio. Estaba narrando las vicisitudes de una estrella del equipo local con tal entusiasmo que lamenté muy sinceramente no sentir el menor interés por el fútbol. Por lo visto, el tipo —que cobraba un montón de millones al año— estaba deprimido porque el presidente del club no le daba todo el

cariño que merecía. Era una historia muy triste y me solidaricé con un deportista tan sensible. Yo también trabajo mejor rodeado de afecto, aunque no lo busque en los váteres de las discotecas de la zona alta.

Cuando llegué al aparcamiento ya estaba enterado de todo lo que hacía falta saber acerca de la política local. Gente sin escrúpulos pretendían sustituir a otras personas del mismo perfil. Todos decían que eran inocentes y que tenían un plan, y todos mentían. La fría honestidad de la mujer que hablaba del tiempo destacaba como una esfinge en medio del desierto.

El despacho estaba a cien metros escasos del paseo de Gracia, frente a los jardines del palau Robert y de la torre Muñoz, que había sido la sede de las oficinas de un millonario barcelonés lo bastante importante como para hacerse construir un edificio tan feo como le diera la gana. Ahora era el domicilio de un departamento del Gobierno que bostezaba entre tanta vulgaridad arquitectónica. Las cotorras argentinas parloteaban y la mañana de junio amenazaba con el calor húmedo que estaba por llegar. Pequeñas nubes grises flotaban como una depresión sobre los tilos y las palmeras.

Saludé a Lola, mi secretaria, una hispanoguineana muy hermosa y algo triste. Sonreí y me devolvió la sonrisa como si hubiera recordado dónde encontrarla.

—Felicidades por el juicio. El cliente debió de quedar muy contento: ha llamado hace un rato pidiendo la factura —me dijo.

—Un hombre inocente y, además, buen pagador. Esas son las señas del perfecto caballero —repuse.

—¿Fue muy difícil?

—Podía haber sido difícil, pero la fiscal era una perfecta imbécil —le expliqué—. Perdió al jurado en cuanto abrió la boca y, cuando dieron el veredicto, los miró como si le hubieran robado el bolso.

—¿Usaste algún truco?

—Me puse una insignia del Barça en la solapa de la chaqueta —bromeé.

Lola rio lánguidamente. Una risa breve, cálida y profunda. Las pequeñas manchas de sudor en sus axilas me perturbaron. Su piel parecía tersa como el satén.

—Ha pasado Vázquez y ha dejado dicho que lo avises en cuanto llegues.

Vázquez era uno de los socios del despacho. Un especialista en fiscalidad que vestía demasiado bien y tenía debilidad por los becarios imberbes y por unos coches caros que envejecían del *parking* de casa al del trabajo sin hacer apenas kilómetros. Sus clientes eran un buen puñado de empresarios prósperos necesitados de consuelo, de esos que creen que es mejor pagar abogados caros que impuestos. Tipos que no podrían gastar lo que tienen en un par de vidas, pero que disfrutaban robando unas monedas al Estado y que cargan las cápsulas del café a sus empleados pensando que son unos perdedores que cobran más de lo que merecen.

Me acerqué a su oficina en la otra punta de la planta por un pasillo con una iluminación fluorescente que le daba el aspecto de una estación espacial. En sus boxes, abogados jóvenes contemplaban ensimismados las pantallas de los ordenadores y tecleaban con furia. Parecían obreros tayloristas de los inicios de la Revolución Industrial fabricando piezas para productos que nunca verían en funcionamiento. Juicios que harían otros, consejos de administración a los que no asistirían, citaciones de Hacienda para los ojos de los socios principales, primas de éxito de las que no olerían un euro. Hasta que, si no acababan en la cuneta, una nueva generación los desplazara de la base de la pirámide.

Tras la puerta de Vázquez el aire olía a colonia francesa y a las gominolas azucaradas que llenaban lo que en su día fue un respetable cenicero. Estaba recostado en su butaca ojeando un diario de color salmón, la prensa del corazón para ejecutivos. Al verme, tiró suavemente del pañuelo de cachemir que asomaba del bolsillo de la chaqueta como un ramillete de

violetas con sus dedos largos de uñas brillantes y me señaló lánguidamente uno de los confidentes de cuero. Era un abogado duro y exitoso, pero sus grandes ojos azules y acuosos me recordaban a ciertos fracasados que había conocido. Me senté frente a él y pasó un minuto largo antes de que se dignara a dirigirme la palabra. Una franja de luz atravesaba la mesa y hacía que se notara el polvo.

Empezó con condescendencia. En los grandes bufetes, los penalistas son como una especie de parientes pobres a los que hay que tolerar por el bien de la firma, pero que jamás podrán llegar a facturar como los abogados de moqueta y de los grandes del IBEX. Un mal necesario inspirado por la democrática convicción de que todo el mundo delinque y la gente más du-  
dosa no vive necesariamente en los peores barrios.

—Tengo un asunto que podría interesarte y arreglarte, de paso, los números del año —dijo Vázquez.

Encogí los hombros y le lancé una sonrisa equívoca. Murmuré algo sobre las ventajas de las sinergias entre colegas y esperé.

Vázquez continuó, exactamente como si yo no hubiera hablado.

—Se trata de un industrial de Sabadell de la vieja escuela. Antes se dedicaba al textil, pero vendió la empresa a unos chinos y, como toda la gente original, se metió en negocios inmobiliarios que no le fueron nada mal. Soy su abogado de cabecera desde hace años y ayer vino a explicarme una extraña historia.

Su mirada se clavó en mí como si buscara alguna respuesta o hubiera detectado una mancha en mi camisa. Callé. Se ahuecó el pelo con los dedos y siguió.

—No es un hombre blando. Estos tipos del tocho, lo que los cursis llaman sector inmobiliario, no suelen serlo. Lo mismo que untan a algún político o a algún técnico municipal, contratan a gitanos para la vigilancia de las obras o se las arreglan para que los inquilinos de renta antigua se marchen por piernas. Además, tiene algunos socios en unas promociones en

Rumanía que tampoco son hermanitas de los pobres. Pero ayer estaba hecho un flan.

—¿Una querrela de Hacienda, tal vez? —aventuré.

—Para eso ni te hubiera llamado. Hay gente en el despacho con mejores contactos con el fisco que tú. Me habló de asesinato y extorsión. Algo que empezó hace seis meses.

—¿Y te lo cuenta ahora? Un poco tarde.

—No lo sé. No acabé de entender lo que explicó, pero parecía muy grave y tenía algún sentido —dijo por fin, con una voz que insinuaba que no sabía cómo seguir.

Se levantó lentamente y se sentó en el borde de la mesa con los ojos clavados en el suelo. Si en aquella mierda de oficina se pudiera fumar, este habría sido el momento de encender un cigarrillo.

—Será extraño, pero está asustado y lo conozco bien. En Sabadell nos conocemos todos, ya sabes que yo también soy de allí —continuó Vázquez.

Lo cierto es que hasta entonces no sabía de dónde era Vázquez y tampoco me importaba, pero cabeceé comprensivamente.

—Lo mejor será que venga y te lo explique él mismo. ¿Tienes libre la hora del almuerzo?

Asentí.

—Las horas de la comida también las cobrarás. De eso me ocupo yo. Y vale más que estés ágil, porque te va a preguntar qué tiene que hacer y será mejor que parezca que sabes de lo que hablas. Tú entiendes de policías. Y también de asesinatos. Le expliqué tu caso con los colombianos y quedó muy impresionado.

Vázquez se refería a un caso en el que yo había ejercido la acusación un par de años antes y que tuvo algún seguimiento en las noticias. El secuestro y asesinato de un notario por unos esbirros tan torpes que conseguir que los condenaran fue poco deportivo. Eso me dio alguna notoriedad, para disgusto de mis colegas, y me quitó las ganas de pasear por ciertos barrios de Medellín.

Me acompañó hasta la puerta y la abrió con gesto aparatoso. Me pareció que me daba las gracias con un ligero movimiento de cabeza, pero estaba equivocado.

—Sé que sabes moverte, pero procura evitar los chistes. Por lo demás, creo que Badía te gustará. Fuma como una chimenea. Reservaré en la terraza del Roig Robí.

Me volví al salir.

—Al menos comeremos bien —dije.

Pero Vázquez ya me había olvidado.

Antes de salir me había dado un papel amarillo con sus notas. Estaban escritas con su caligrafía anticuada de puro elegante y una inusual tinta verde. El papel olía como la colonia y las gominolas, algo dulce y empalagoso.

Empezaban con el nombre del cliente: «Badía», y un listado de empresas, sociedades anónimas y limitadas y sus domicilios. Uno de ellos aparecía subrayado. Se trataba de una nave industrial en Castellar del Vallès. Vázquez, muy melodramático, había escrito «lugar de los hechos». Seguía otro nombre, «Pascal», y la anotación «intermediario». En resumen, venía a decir que se había celebrado una reunión en la oficina de Castellar para tratar la compraventa de unas naves y que alguien podría haber muerto. Desde entonces Badía pagaba cinco mil euros al mes para evitar males mayores.

Entré en Google, esa solución para todo a un clic de distancia, y busqué a Badía. Resultó ser un hombre de unos sesenta años, de los que no genera hostilidad ni complacencia; de mediana estatura y facciones recias, algo toscas, como si antepasados rústicos procuraran no dejarlo olvidar de dónde venía. Conservaba todo el pelo, muy negro, con esas sienes plateadas que gustan a algunas mujeres, y le sobraban unos kilos en el perímetro de la cintura. En las fotos, sus ojos no tenían ningún color concreto, eran unos simples ojos muy abiertos.

A mediodía me dirigí hacia la calle Séneca caminando entre tiendas de diseño progres, agencias de publicidad y un taller donde cosían zapatos a medida tan elegantes que hacían que mis John Lobb parecieran alpargatas. Había que reconocer que el filósofo estoico no había salido mal parado en el callejero de Barcelona. Mozart no podía decir lo mismo, ni Sancho Dávila. Llegué al restaurante a la hora exacta, pero Badía y Vázquez ya estaban allí, dando cuenta de lo que parecía un zumo de tomate aguado. En las mesas de la terraza abundaba la gente elegante, hombres encorbatados y parejas de mediana edad. En una de ellas, un grupo de asiáticos vestidos de gris daba cuenta de un plato de jamón y del sempiterno pan con tomate. Su aire de refrenada superioridad me indujo a creer que eran una especie de técnicos, o peritos en algo.

Badía vestía una ligera cazadora de ante amarillo y una camisa blanca que hacía resaltar el vello oscuro de sus manos. Tenía ante sí sobre el mantel un par de teléfonos móviles y dos paquetes de tabaco, las llaves del coche y el estuche de unas gafas. Solo le faltaba un ventilador portátil.

Vázquez me presentó y Badía me miró no muy convencido, suspiró, dio un trago al tomate y arrancó a hablar mientras estrujaba un cigarrillo sin decidirse a encenderlo. Empezó en voz baja, la vista fija en unas aceitunas con hueso cortesía de la casa. Tenía la cara grisácea y surcada y encogía los hombros como alguien perdido en el mundo. Cuando vio que estirábamos el cuello para oírlo, subió algo el tono mirando alrededor con cautela.

—Pascal era un colaborador —comenzó Badía—. No tanto como un amigo, pero nos llevábamos bien. Compraba y vendía joyas y conseguía clientes para locales y pisos a cambio de una comisión. No sé cómo lo hacía, pero, con crisis o sin ella, siempre encontraba a alguien interesado y las naves de Castellar son como una piedra en el zapato. Cuando me dijo que tenía un comprador me dio una alegría. Quedamos el siete de enero en una de las que tengo en venta hace ahora seis meses.

Me acuerdo porque era después de Reyes. Y porque no se me va de la cabeza...

—¿Se presentó el comprador? —pregunté.

—Llegaron tres tipos en un Hummer amarillo, lo que ya me dio mala espina. ¿Qué clase de gente circula con eso? Uno que parecía el jefe entró en el despacho. Pascal ya lo conocía y me lo presentó como Eduardo. Estuvo mirando por allí y todo le pareció bien, hasta el precio. Ni rechistó. Ahora pienso que eso debería haberme extrañado. Todo el mundo discute el precio, aunque solo sea para decirse después que al menos lo intentó. Me propuso hacer un pago a cuenta, pero tenía que ser en efectivo. Quinientos mil euros. El resto lo abonaría en blanco, y le bastaba con un recibo hasta que fuéramos al notario. Pascal estaba encantado y le palmeaba la espalda, pero no creo que se hubieran visto más de una vez. Entonces, Eduardo dijo que el dinero estaba en el coche y que sus socios lo iban a traer.

—¿Y lo llevaron?

—Los llamó y entraron con una bolsa negra que uno llevaba cruzada sobre el pecho, como si se tratara de algo de valor. Eran dos hombres más jóvenes que Eduardo. Uno, el más alto y fuerte, de aquí. El otro, extranjero. De algún país de Sudamérica.

Badía dejó de jugar con el tenedor en el plato y tamborileó sobre la mesa una especie de clave rítmica, como si un preso se comunicara con el de la celda de al lado.

—Eduardo abrió la bolsa y, en vez de dinero, sacó una pistola. Apuntó a Pascal y le dijo que había venido a cobrar —explicó.

—¿A cobrar qué?

—¡Yo qué sé! Lo apuntaba y, de vez en cuando, también me apuntaba a mí. Entonces Pascal se lanzó sobre él e intentó quitarle el arma —siguió Badía—. El otro disparó y le arrancó el pulgar de un balazo. Pascal empezó a sangrar, pero no soltaba el cañón de la pistola. Hay que reconocer que los tenía bien puestos. Una vez me dijo que había estado en la legión

francesa. Entonces, el más joven se acercó por un lado, cogió un extintor de la pared y le golpeó en la cabeza. Se oyó un crujido horrible y la frente de Pascal se hundió. Cayó al suelo inconsciente y el joven y el latino lo agarraron por los pies y lo arrastraron hasta la puerta. Eduardo siguió encañonándome, hizo que me sentara sin dejar de apuntarme con el arma. Luego me dijo que íbamos a grabar un vídeo.

—¿Un vídeo? —inquirí.

—Sí. Yo tenía que decir que era socio de Pascal, que íbamos a medias en todo y que nos dedicábamos a blanquear capitales. Que Pascal había estafado a unos clientes y que yo respondía por cualquier suma que se debiera. Me senté y el más joven me grabó con el teléfono. Estaba muy nervioso y no salió hasta el tercer intento. Luego me hizo manosear la culata y el cañón de la pistola mientras me apuntaba con otra. Primero descargó la que me puso en la mano, claro. Cuando tuvo bastante me dio unas palmadas en la espalda y me ofreció un vaso de agua...

Badía me miró fijamente. Hay mil maneras de interpretar las miradas, pero con esta no había duda: el tipo tenía miedo. Vázquez se apoyó con los dos brazos en la mesa.

—¿Cómo quedó la oficina? —preguntó.

—El suelo estaba lleno de sangre —dijo Badía—. Se oían los quejidos de Pascal desde la puerta. El latino cogió un rollo de cinta americana que había encima de unas cajas y le vendó la herida de la cabeza y la del pulgar, que no paraba de sangrar.

—Comprendo —asintió Vázquez con cara de no haber comprendido gran cosa—. ¿Has vuelto a saber algo de él?

—Espera, deja que acabe con esto. Eduardo me dijo que se llevaban a Pascal para tener una charla; que lo soltarían cuando pagara. En cuanto a mí, estaba claro que era su socio y las deudas pasaban a ser mías solidariamente. Lo dijo así: «Solidariamente». Pascal había estafado a sus jefes y lo habían contratado para cobrar, como una especie de cobrador del frac a las malas. Eso dijo, el cabrón.

—¿Concretó qué se tenía que pagar? —tercié.

—Sí. Un millón de euros o que me atuviera a las consecuencias. Él y el joven se iban a llevar a Pascal y el otro, el sudaca, me iba a hacer de canguro. Tenía que llamar a mi mujer y decirle que esa noche no iría a casa. Que me inventara un viaje... Lo hice. Llamé y le dije que tenía que ir a Madrid para una venta... Se extrañó de que no pasara por casa a buscar el pijama y una muda... No quedó muy convencida, pero no insistió. Se fueron con Pascal y escuché el rugido del Hummer al arrancar.

—¿Se quedó con el latino en la nave? —le pregunté—. ¿Este también iba armado?

—No vi ningún arma. Me estuvo hablando de su infancia en Puerto Rico y de sus años de juventud en Miami. Dijo que era informático y que, si tenía que arreglar algún ordenador, él podía ocuparse. Parecía una especie de vago presumiendo de estatus y contando historias, pero estas eran una mierda. Me recordaba a Cantinflas y solo quería que se fuera, o, al menos, que callara. Había anochecido. Cogimos mi coche y me hizo conducir hacia el Baricentro de Barberà; hasta el hotel que hay al lado. Pidió una habitación doble y encargó cena para dos. Subimos y nos sentamos uno en cada cama, frente a frente. Cuando llegó la cena, se echó encima como si no hubiera comido en su vida y encendió el televisor. Yo me tumbé dándole la espalda y dejé pasar las horas —siguió relatando Badía.

—¿Y no intentó irse, o gritar, o llamar la atención de alguien del hotel? —pregunté.

—No tuve huevos —respondió—. ¿Te sorprende?

Lo observé con más atención. Tenía un aspecto próspero y decente. Un empresario que va a las reuniones del gremio con un buen traje y sin llamar la atención de nadie, que da opiniones ponderadas sobre el Barça y la política y que ha creído durante mucho tiempo que es un hombre afortunado. De los que consiguen lo que quieren mientras los demás vamos dando vueltas a la rueda. Ahora parecía que todo ese sólido aplo-

mo burgués se había esfumado entre pulgares arrancados a tiros, cráneos envueltos en cinta americana y noches de hotel junto a la autopista en compañía de un matón con veleidades tecnológicas. De repente, su mirada parecía melancólica, como si dudara entre dirigir su agresividad contra mí o contra sí mismo.

—No pegamos ojo en toda la noche. Él comiendo y comentando lo que iba viendo en el televisor y yo abotargado, intentando contar los coches que pasaban por la autopista. Por la mañana llamaron a la habitación y era Eduardo. Se había cambiado de ropa y parecía un artista de cine, o un *playboy*. Llevaba un jersey negro de cuello cisne y una cazadora de piel también negra.

—¿Dijo algo de Pascal?

—Sí. Que estaba bien y que las preguntas las hacía él. Luego volvió a lo del dinero. Estaba dispuesto a hacerme un descuento por pronto pago. Ahí ya vi que lo de la deuda del millón y lo de sus jefes no era verdad. Me dio el nombre de mi mujer y de mis hijos, mi dirección y la de algunas fincas que tengo en Barcelona. Se equivocó en algunas cosas, pero en lo de mis hijos no. También dijo que Pascal era un estafador. Que robaba en los negocios con joyas. Que había robado a una gente de Bruselas... Esto me extrañó, porque habíamos estado en Bruselas hacía poco y allí había habido un incidente...

—¿Qué incidente? —continué preguntando.

—Le habían robado a uno que venía con nosotros en un viaje a Bélgica, un tío de Rubí que quería comprar diamantes. Pascal tenía que presentarle al vendedor... Pero eso no tiene nada que ver con lo mío.

Su expresión parecía sufrir continuos cambios, pasando del miedo a una fría indiferencia.

—¿Y le dijo a Eduardo que pagaría? —quise saber.

—Sí —afirmó Badía—. Le dije que estaba mal de liquidez y que tenía que vender algo, pero que pagaría. Le pareció bien, pero, en prueba de buena voluntad, tenía que entregarle cinco

mil euros cada mes. Además, se llevaba mi coche, un Porsche 911 acabado de estrenar. Me callé otra vez, ¿qué queráis que hiciera? Avisó de que me tendrían vigilado. Salí de allí al cabo de un rato, bajé al vestíbulo y pagué la habitación. Después pedí un taxi y volví a la nave. La habían limpiado, pero aún quedaba alguna salpicadura de sangre en la pared... Todavía están allí. Dije a los de la limpieza que dejaran de ir.

Dio una profunda calada y me miró.

—¿Sabe algo de Pascal?

—Cuando pregunto, Eduardo me dice que aún no colabora, pero lo más probable es que esté muerto. Un golpe como aquel no se cura sin pasar por un hospital. Lo he estado llamando, pero nunca contesta. Hablé con su exmujer, Inés, que no sabía nada de él. Creía que se había ido a pasar una temporada en Francia, como hace a veces, pero al cabo de una semana llamó a sus padres en Perpiñán y le dijeron que no tenían noticias suyas desde enero. Por eso, hace un mes fue a la policía y denunció su desaparición.

—¿Y los pagos? —seguí.

—Los pagos los hago —dijo Badía—. Todos los meses me llama Eduardo y quedamos en el Viena de Sabadell, el que está detrás de los juzgados. Charlamos un rato, me insiste en que venda algo para pagarle al menos medio millón y me explica cosas de su vida. Que fue mercenario, que tuvo una discoteca en Calella... El caso es que no puedo más. No duermo, no como y no sé ni cómo mirar a mi mujer. —Se pasó la mano por la frente y encendió otro pitillo—. No soy ningún héroe, pero me gustaría ver a cualquiera en mi situación. Solo espero que todo termine, pero con la seguridad de que no acabaré muerto.

—Esa es la cuestión —repliqué—. Acabarlo sin riesgos. Tal vez sería bueno saber más cosas de Pascal: historial, amigos, negocios..., a quién podía deber dinero... ¿Quién puede ayudar con eso?

—Su exmujer tal vez podría, pero dudo que quiera. Y aún dudo más que Pascal le explicara gran cosa. Era un hombre

que se movía mucho y trabajaba con dinero contante y sonante. No dejaba huella. Ten en cuenta que no sé en qué otros negocios andaba metido. Según Eduardo, eran todo tipo de asuntos turbios. Yo no pongo la mano en el fuego por nadie, pero solo faltaría que me involucraran en cualquiera de esas mierdas. Los únicos tratos que he tenido con él son los de los pisos y las naves, y no había nada raro en ellos, como mucho algún problema de los que solo pueden interesar a Hacienda.

—De esos ya me ocuparía yo —intervino Vázquez.

—Entonces, tendrá que autorizar que gaste algo de dinero en detectives. Y que hable con policías de mi confianza sin desvelar, por el momento, su identidad —le dije, mientras Álvarez me miraba, por una vez, con aprobación.

—Todo autorizado. No repares en gastos. Y tutéame.

—Así será —repuse con una sonrisa consoladora y toda la empatía de que fui capaz.

Vázquez dio pruebas de por qué era uno de los abogados con mejores resultados del despacho mientras terminaba su café.

—Pues vamos y nos firmas la hoja de encargo.

Badía se volvió hacia mí y empezó a toquetear su teléfono.

—Tengo una fotografía con Pascal. Nos la hicimos el año pasado en Bruselas. Dame tu número y te la paso.

—¿Tenéis algún negocio allí? —pregunté.

—No, yo no. Hice una vez un viaje con él para comprar un coche de segunda mano. Pascal también se dedicaba a eso. Y la otra vez que te dije, con gente de aquí, cuando robaron a Prat, el de Rubí. Pascal sí iba mucho por lo del oro y las joyas. O al menos, eso decía.

Le di el número y recibí una imagen de Badía con otro tipo en la Grand Place, un hombre alto, con hombros tan anchos que hacían que su cabeza pareciera pequeña y una sonrisa blanca y forzada. El cabello rubio, ni corto ni largo, que mostraba unos reflejos grises, le crecía no muy alto en la frente; en pleno invierno lucía una piel bronceada por el sol. Debía de tener unos cincuenta años, una edad entre la de Badía y la

mía. Le cubría la espalda uno de esos abrigos con capucha que durante un tiempo se llamaron montgomery y parecía en buena forma. En conjunto era un buen ejemplar masculino, aunque los pequeños ojos azules le daban un aire un tanto mezuquino y parecían escrutarme desde la distancia. Como los de un muerto.

—¿Cómo podía saber un matón de Barcelona que Pascal había robado a ese Prat en Bruselas? —pregunté.

—No tengo ni idea —respondió.

Parecía harto de mí, del restaurante y de la conversación. Sus ojos se opacaron, como si hubiera vuelto la mirada hacia su interior y la hubiera fijado en alguna imagen de su mente.

Salimos a aquella calle que habría sido íntima y discreta de no haber estado bloqueada por furgonetas de reparto y el camión de la basura. Badía y Vázquez se dirigieron hacia los jardines de Gracia y yo a asomar la nariz por la tienda de compraventa de oro de Pascal. Estaba en la calle Sicilia, muy cerca de la Sagrada Familia, ese pastel de piedra que solo gusta a los japoneses. Aunque no tanto como para hacer una buena oferta por ella y llevársela de una vez.

Caminé siguiendo la ruta de los turistas que va de la Pedrera al templo en cuestión, un kilómetro salpicado a intervalos regulares por establecimientos de carcasas para móviles, kebabs sospechosos y un número sorprendente de tiendas de colchones. Gente de todo el mundo avanzaba en grupos compactos y mostraba que el desprecio a los semáforos no es una característica exclusivamente local.

La tienda tenía un aspecto discreto. Las vitrinas del exterior mostraban algunos relojes de segunda mano, de aquellos extraplanos que hicieron furor en su día y que ahora nadie con alguna pretensión se pondría en la muñeca, un par de candelabros de plata dignos de una película de Christopher Lee y un surtido de camafeos con imágenes lacadas de gente remota. Un cartel negro con letras blancas anunciaba que allí se compraba oro y plata, sin despreciar los relojes y las antigüedades. También advertía que se hacían empeños. En el interior no

había más que una mujer que miraba la pantalla del móvil como si fuera a encontrar en ella el sentido de la vida. El vestido negro sin mangas parecía pintado sobre su cuerpo y su cabello color miel mejoraba el de cualquier metal que pudieran tener en la caja fuerte. Era muy hermosa pese a las ojeras negras bajo sus ojos, visibles desde la distancia. La ex de Pascal, por lo que había dicho Badía. Pascal debía de ser un hombre muy seguro de sí mismo o un auténtico cretino si la había dejado escapar. Decidí no entrar ni contaminar cualquier futuro contacto profesional. Era lo más razonable. Con ese aspecto, le hubiera comprado hasta un reloj de pared.